

DIANA Y HÉCTOR

DIANA.- ¡Héctor! ¡Que casualidad!

HÉCTOR.- Dí más bien qué milagro, Diana.

DIANA.- Es verdad. Resulta increíble encontrarnos aquí. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

HÉCTOR.- ¿Tiempo?... Acontecimientos extraños e imprevisibles.

DIANA.- ¿qué miras?

HÉCTOR.- Tus aspecto. Sigues siendo tan atractiva como siempre

DIANA.- Y tú tan adulator y amable. Tampoco has cambiado mucho.

Estás muy interesante.

HÉCTOR.- No pensabas así cuando ocurrió aquello...

DIANA.- Bueno, es que...

HÉCTOR.- Llegué a creer que me odiabas.

DIANA.- La vida nunca es como queremos o soñamos. Tu no tuviste la culpa.

HÉCTOR.- ¿Entonces?

DIANA.- Pues... Ahora sólo podemos ser sinceros, de nada sirve el disimulo. Te lo diré todo. Cuando nos conocimos yo era un a jovencita de locos sueños, de sugestivas esperanzas.

HÉCTOR.- La juventud colorea de rosa la realidad.

DIANA.- Sí y ...no. Cierto que la realidad objetiva, en un momento dado, es una e invariable. Pero a la persona lo que le importa es la realidad subjetiva.

Y ésta depende de los ojos con que la mires, de la situación anímica, del carácter, de la edad, de si estás alegre o triste, feliz o desgraciada. La juventud es época de explosión vital del espíritu y del cuerpo, y en ella todo aparece como futuro, en la lejanía, con un mágico fulgor de estrella prometidora. Y este hecho se vive como una realidad en nuestra mente.

HÉCTOR.- Pero con el transcurrir de los días...

DIANA.- No desaparece la realidad, sufre una metamorfosis desagradable y, a veces, repugnante, como en un relato kafkiano. Cuando llegaste a mí, tú eras verdadero príncipe azul en mis realidades. Mi cuerpo y mi alma vibraban en tu presencia y con tus besos. El mundo, mi mundo, -único que me importaba-, estaba lleno de maravillosos acontecimientos, de felicidad. Y tú eras el centro. En tí veía la perfección, la bondad, la belleza, la fortaleza, la seguridad. No han existido en mi vida momentos más hermosos e inolvidables. Y todo era real...Después..., no sé con certeza lo que ocurrió. Tal vez sea necesario, para mantener el encanto y sugestión de la vida, no llegar a poseer por completo lo que deseamos..., que haya en todo instante algún velo por destapar, algún misterio por descubrir, alguna ilusión por alcanzar. Se ha dicho que lo cotidiano destruye el encantamiento. Tal vez sea verdad. Ignoro como sucedió. Mas de repente, un día cualquiera, descubrí que no todo era tan hermoso como yo lo veía, ni tan perfecto, ni tan agradable. Surgieron las primeras desilusiones y, también, los primeros desacuerdos. La convivencia, la existencia en común, aumenta de relieve pequeños detalles, leves manías, mínimos defectos, hasta desorbitarlos; también va matando, o destruyendo, con la monotonía, esas atenciones, tal vez sin importancia, que tanto seducen a la mujer. La rutina resulta demoledora de la pasión y del amor. Si, como se dice, no hay gran hombre para su ayuda de cámara, para la esposa la afirmación tiene un contenido mucho mayor y más cierto. Cada día nos íbamos distanciando.

HÉCTOR.- Comprende que mis ocupaciones impedían dedicarte todo el tiempo.

DIANA.- Si no era culpa tuya, Héctor. Todo acontece así, por simple evolución. Conforme el tiempo pasa, van cayendo secas, como hojas en otoño, todas las ilusiones con que la vida, al principio, nos sugestióna. Y, poco a poco, nos despoja de ellas, hasta dejamos desnudos, descarnados, ateridos sin su abrigo cálido y atractivo, que nos impulsaba a amar.

HÉCTOR.- Siento no haber sabido conservar el fuego de los primeros años.

DIANA.- Hubiera sido inútil. El problema estaba en mí. La visión del mundo que tenía, cambió sin transición. Tú eras ya un desconocido. Nada quedaba del Héctor que yo creí ver al principio. A mi lado estaba el hombre

vulgar, corriente, mediocre, incapaz de grandes virtudes y de grandes maldades; un hombre obsesionado con sus negocios y su trabajo, en los que buscaba, más que satisfacer necesidades familiares, descollar en la sociedad y suscitar la envidia de otros.

HÉCTOR.- ¡Diana!

DIANA.- La verdad. Te olvidabas de mí, quizás porque me considerabas un objeto de tu pertenencia, que nunca sospechaste podías perder. Por mi parte todo acabó al conocer este rostro oculto de la existencia. Vivir perdió sentido y justificación. El mundo, ante mis ojos, se había convertido en una ridícula mascarada que ni me divertía ni me interesaba.

HÉCTOR.- ¿Fue entonces...?

DIANA.- Si. Y a tí, ¿qué te ocurrió?

HÉCTOR.- Algo semejante a lo que has contado. Pasados los primeros tiempos, todo se cubrió de la herrumbre de lo rutinario. De una muchachita inocente, bellísima, agradable, te fuiste convirtiendo en una mujer desconocida, que discutía y gritaba por cualquier motivo y en toda ocasión. Eras absorbente, exigías una atención continuada, con olvido del mundo en torno y de que también existen otras cosas que reclaman parte de nuestro tiempo.

DIANA.- ¿Tan estúpida y egoísta me veías?

HÉCTOR.- No he pretendido decir eso. Si acaso, equivocada. Aún cuando en la pareja tiene que haber sinceridad y confianza, una especie de desnudez moral, ésta, sin embargo, como la física en el acto de amor, no puede ni debe ser permanente. Toda persona precisa de un espacio de intimidad, vedado incluso a la mirada del ser más querido... Y ésto hay que comprenderlo y respetarlo.

DIANA.- Ese espacio, ¿incluye la infidelidad?

HÉCTOR.- La infidelidad es tema distinto. Unas veces la provoca el otro, cuando ejerce una intromisión desmesurada en las vivencias del compañero o compañera; otras, con su descuido, le empuja a ello. Recuerdo aún tu desinterés por más problemas e inquietudes y por mí mismo, como hombre. Parece que no te importaba nada. Aquélla simpática y atractiva coquetería inicial, con la que me sorprendías y atraías a todas horas, fue desapareciendo. Surgió, para mal, el descuido, el desaliño, el mostrarte distante y hasta agresiva, como si pretendieras mi huida. Eso me empujó a conocer a otras mujeres, es verdad.

DIANA.- ¿La culpa fue de mi desvío? Parece que te olvidas de las primeras aventuras.

HÉCTOR.- Las hubo, sí. Pero tú misma, entonces, intufas su significado y hasta te agradaban. Eran como escapadas para comprobar que la realidad propia, la felicidad compartida con una mujer a la que adoraba, no podía

compararse con ningún otro placer o emoción. Siempre regresaba con redoblado cariño y seguro de mi suerte.

DIANA.- No te falta razón. Yo sabía de tus correrías y, aún cuando me irritaban y producían rabietas, al estrecharme entre tus brazos con mayor fuerza, pensaba: Engaña a las otras, sólo a mi me quiere. Y me sentía satisfecha, casi orgullosa, de que otras mujeres te desearan.

HÉCTOR.- Después...El tiempo destruye, con implacable automatismo, lo bello y agradable de la vida humana. Y nosotros no supimos contrarrestar su crueldad mecánica con la creación de nuevas ilusiones, con la fabricación de sueños, con la invención de ideales...No acertamos a llenar de contenido el futuro para que, como mágica fuente de energía, nos diera fuerzas para soportar el presente.

DIANA.- Cierto. Ahora pienso que nunca te conocí. Hemos tenido que encontrarnos en esta nueva dimensión para darnos cuenta de los errores. ¿Tuviste miedo cuando...?

HÉCTOR.- Sí. Pero todo fue rápido. Casi de improviso me encontré en este espacio...Bueno, en este otro lado.

DIANA.- Me alegro de que nos hayamos encontrado. Podremos estar juntos... Al comienzo ésto resulta extraño, incomprensible. Luego nos habituamos. Y hasta posee cierta comodidad la sensación de ingravidez.

HÉCTOR.- ¿Sabes una cosa? No creo en la casualidad. Me parece que ya estaba previsto nuestro encuentro.

DIANA.- Es posible. Y ahora que lo dices, hasta que has llegado apenas he podido hablar con nadie. Todos están abstraídos, inmersos en sí mismos, convertidos en puro pensamiento.

HÉCTOR.- Siempre te he querido, Diana. Y te quiero.

DIANA.- Y yo a tí. Fue una tontería lo ocurrido. ¡Si pudiéramos rectificar...!

HÉCTOR.- Nada lo impide

DIANA.- ¡Abrázame!

HÉCTOR.- Deseo unirme, fundirme en tí.

DIANA.- ¡Por toda la eternidad!

HÉCTOR.- Y no es una frase.

Enero 1.988

EL HIDALGO

VENTERO.- ¡Pase! ¡Pase! Mal día éste para viajar, señor. Aunque no quedan habitaciones, puede acomodarse junto al fuego y pasar ahí la noche. Siempre será mejor que el frío y la lluvia.

HIDALGO.- Gracias, Ventero.

VENTERO.- Lamento no tener nada mejor.

HIDALGO.- No importa. Estoy acostumbrado a las incomodidades.

VENTERO.- Tendrá que compartir el espacio con unos gitanos. No me he atrevido a negarles cobijo con este tiempo.

HIDALGO.- Está bien.

VENTERO.- Pronto anochecerá. Prepararé unos chorizos bien fritos para la cena y un buen vinillo para calentar el estómago.

HIDALGO.- Gracias.

El hidalgo se despoja de la mojada y raída capa, coloca en el suelo el ligero zurrón que lleva por equipaje y se aproxima al fuego de la chimenea para calentar el cuerpo.

Pese a su vestimenta gastada y vieja, de su persona se desprende una dignidad que impone respeto. La familia gitana se aprieta entre sí y le cede un lugar. El Hidalgo se sienta en una desvencijada silla de anea. Su rostro, de barba canosa, muestra cansancio.

Cae la tarde. El cielo, plomizo y bajo, se va oscureciendo. Desde la ventana se distinguen aún, casi perdidos en el horizonte de la inmensa llanura,